



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12633

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extras-
jers.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor 24

MARTES 15 DE DICIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini
61; y J. Jones, Rauhorg-Montmartra, 31.

Un viejo del Arsenal

No recordamos como se llamaba ni su edad avanzadísima, pero sí la calle donde estaba su casita, al bergue de penas crueles del cual salían de continuo lamentos dolorosos que movían a piedad a los vecinos. Seguramente los que durante largos meses los estuvieron escuchando noche y día, no han olvidado el metal de aquella voz doliente que hace treinta y un años pedía á Dios con tantas las veras de su alma que aliviar sus sufrimientos quitándole la vida.

Tratabase de una enferma incurable. Horrible mal de cirugía iba minando su organismo y compartían con ella sus angustias, que no sus dolores, dos pobres mujeres próximas parientes y un infeliz anciano, pariente también, que subvenía el sostenimiento de todos.

¡Pobre viejo aquel! Arrastrando sus ochenta años y con ellos la horrible pena que engendraba en su espíritu el negro cuadro que en su hogar dejaba, abría la puerta á la hora que se retiraban los serenos y allá se iba á cumplir sus deberes cotidianos al establecimiento naval.

¿Hacia oficios de portero en alguna oficina? ¿Se ocupaba en las infinitas menudencias necesarias de hacer donde se reúnen muchos trabajadores? Lo ignoramos. Sabemos sólo que soplara el viento, hiciese frío ó cayese una lluvia torrencial, el pobre viejo no faltaba á su obligación y media hora antes de sonar la carraca ya estaba

esperando que se abriese la puerta. Para aquel vejete no había otras atenciones que su casa y su trabajo y por nada del mundo hubiese faltado á ninguna de las dos: á la primera por lo que le atraía la deslucha que en ella dejaba; á la segunda por que se lo imponía con fuerza avasalladora la costumbre y por que cumpléndola ganaba el jornalito necesario, sin en el que aumentarían por la falta de recursos la desgracia que pesaba sobre él.

Una noche de invierno en que el viento soplabá del Norte con indolible furia, penetrando los huesos de los moradores de aquel desventurado hogar, las mujeres velaban asistiendo á la enferma y trabajaban afanosamente para aumentar con algunos reales los escasos recursos con que contaba la familia. Al quejido continuo de la enferma y al rumor del viento se unió cierto ruido proveniente del cuarto del anciano y á él volaron sus hijas alarmadas suponiendo que le pasaba algo.

Y algo le pasaba. Creyendo haber dormido mucho, se había vestido presuroso, se embozó en la capa y á la una de la madrugada se dispuso para ir al arsenal, creyendo el infeliz que se le hacía tarde.

Interpusieron sus hijas para cortar el paso, diciéndole que faltaban muchas horas para la carraca. Resistió el viejo pensando que se le quería engañar para que no saliera con el viento que hacía. Argumentaron las mujeres; siguió en sus trece el viejo y sin escuchar mas razones se echó á la calle con el apresamiento que le permitían sus años.

Cuando tropezó con el primer sereno comprendió que se había

equivocado; no era tarde, pero no tardarían en apagar las luces.

Al entrar en la Puerta de Murcia oyó las dos en el reloj del Carmen. Faltaban muchas horas para el día y se volvió á su casa transido de frío, pero gozoso por que sus temores de perder el jornal de aquel día se habían desvanecido.

Cada vez que se habla de los arsenales y se les señala como establecimientos de beneficencia por que hay en ellos unos cuantos viejos, acordamos de aquel viejecito virtuoso que dedicó su vida á cumplir los deberes de su casa y de su obligación.

¿Qué hubiese sido de él si á título de economías rayanas en miseria lo hubiesen despedido?

Quienes tal hicieran lo hubieran malado.

TIJERETAZOS

Leemos:

«El nuevo gobernador de Madrid ha comenzado á deslucir lo poco bueno que hizo su antecesor.

Por lo pronto, ya ha concedido prudentemente á los revendedores, que revenden en la vía pública.

Para comenzar, es con demasiada prudencia»

Buenos ese ha sido el comienzo, pero no se ha detenido ahí el gobernador.

Puesto á principiar, no se ha parado y ha puesto la diestra en los sembreros, no para ayudar, sino para permitir que las señoras los lleven á los espectáculos donde haya que oír y no haya que ver, ó á las conciertos.

¿Qué aguantan ustedes á que el bando de Lacuerta sea en desuso antes de fin de año.

Más caldo...

Sea usted valiente y dé la cara afrontando la crítica, para que una vez conseguida la victoria venga un sucesor á echar por tierra todo lo ganado.

Bien es verdad que con qué se ocuparían ciertos gobernantes sino se ocuparan en cosas como esta?

Así, deshaciendo las iniciativas ajenas parece que las tienen propias.

Dice un periódico:

«Hemos notado que el Sr. Espada jamás se aproxima al banco azul.

¡Tal vez tema caer en la tentación de enfundarse!»

¿En alguna casa de ministro?

No pierda la esperanza, pues de tal modo se va rebajando la talla que ya le vendrá el traje á la medida.

Es cuestión de esperar un poquito.

Leemos:

«Un modernista dice con profundo desdén que antes de conocer la próxima é inevitable comedia de Echegaray va á juzgarla»

O sea hombre tiene el don de la débil vista ó ha nacido profeta.

O le han echado una comedia al foso y quiere hacer de Echegaray un Cirneo.

Dicen de Madrid que D. Jaime de Borbón ha estado dos días en un hotel de aquella capital.

Y no solo ha permanecido, sino que ha sido visitado por muchos carlistas influyentes.

Pues señor: ó los reporteros ven visiones ó don Jaime tiene libertad para ir por donde le place ó la policía española batió el record de la torpeza.

San Sebastián... Barcelona... Madrid....

A ver donde hace la cuarta aparición el hijo del eterno pretendiente.

REPARTO DE MANTAS

Hoy se han repartido las siguientes, costosas como las anteriormente repartidas, con el dinero recaudado por la tortilla de Ez Eco:

José González Cano, impedido, cuartelillo, 45.

Luisa Murcia López, con 6 hijos, Cuartelillo, 32.

Luisa Far, su marido de 78 años y 4 hijos, Cuartelillo, 35.

Isabel García Espas, enferma y ciega, Plaza del Hospital, 11.

María Cánovas Ros, su marido de 78 años, Plaza del Hospital, 11.

Antonia Pérez Elvira, ciega, Mediana.

Josefa Sepúlveda, viuda, Oreei, 11.

Angela Alarcón, viuda, Cuartelillo, 32.

José Hernández, enfermo con 4 hijos, Barrio de Pescadores, 20.

Luisa Vicoate, viuda, barrio de la Concepción.

Agueda Valladotro, ciega con 3 hijos, Carmen, 46.

José Bellido Espín, mujer y seis hijos, Cruz, 10.

José Vega Jiménez, mujer y 5 hijos, callejón de San Cripin, 2.

SINIESTROS MARÍTIMOS

Abordajes en el mar

El capitán de fragata retirado de la Armada francesa, Albert Blondel, ha formulado el siguiente proyecto referente á la seguridad en el mar:

Art. 1.º En todo abordaje en que haya pérdida de vidas humanas, se abrirá una sumaria judicial inmediatamente y antes de toda investigación administrativa.

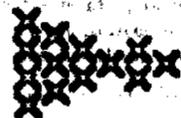
Art. 2.º Los tripulantes y los pasajeros serán interrogados sin tardanza por un magistrado ó funcionario judicial en á su llegada á Francia ó en el extranjero y por el Consal más próximo al lugar del siniestro.

Art. 3.º La acción marítima del «Libano» y del «Quilmes» justifica, por disposición en el derecho internacional, como en el derecho del país.

El número de siniestros de abordaje es casi indefinido con los vapores de gran velocidad en todas las partes del mundo. Para cada uno de estos vapores la desastrosa causa sería la misma; para demostrarlo basta este último ejemplo, el abordaje casi fatal en el Atlántico del Norte entre un transatlántico «Gigante» y un pobre barco de pesca que fué materialmente gulleinado por la hélice del vapor.



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 119

LÓS BANDIDOS INDIÓS

118

¡Y bien! Sabid que en mi sala de baño... Partiendo del lado izquierdo de la puerta contada desde el lado de la izquierda en línea recta. A la octava volve frente á la puerta y en esta posición contad tres nuevas baldosas á la izquierda. Levantad la cuarta con un cuchillo; bajo ella encontrareis dos llaves y una herramienta. Id en seguida á la cisterna que está en la estremidad del jardín; veréis en el costado que mira al estanque cinco piedras marcadas con una raya blanca: la del medio tiene uno de sus extremos que parece separado de su union con la otra piedra. Removed con un cuchillo la tierra que rellena el hueco que hay allí; introducid en seguida en este hueco la herramienta que habeis encontrado en la sala de baño que es una especie de llave; dad dos vueltas de derecha á izquierda... ¿entendeis bien? de derecha á izquierda... despues empujad de lado la piedra que estará movible. Veréis un resorte: oprímido con el extremo de la herramienta apoyandola fuertemente. Un lienzo de mampostería se abrirá en la pared de la cisterna y descubrirá una puerta; abrid esta puerta con la llave grande y bajad lo escalera que veréis delante. Contad 28 escalones; al 29 dad seis pasos de frente. En un hueco del muro encontrareis una lámpara y con que encenderla. En seguida veréis delante de vos cuatro cajas: una contiene sables; las otras

—Herencos Tarl... y me dijo el vijo asiendo al inglés por su brazo, preciso que os hable.
—Pero los «dau-its»
—¡Voy a morir Sahib!... Si Brahma permite que escapeis de los bandidos entregad á mi hijo mis alhajas y los tesoros que he amontonado para él. Vos no queréis despojar á un huérfano Sahib y mi secreto estará seguro en vos.
—Si, pero apresurad.
—¡Jurais por vuestro Dios no revelar á nadie el lugar donde tengo escondidas mis tesoros?
—Os lo juro, Kishnnaratn. Si tengo la fortapa de salvar la vida de vuestro hijo del braba Boghobuty no será para despojarle despues. Esperad que mate á estos dos canallas que atacan á hachazos la puerta pequeña añadió armando su carabina.
Disparó dos veces y entregó el arma á un criado que se puso á cargarla de nuevo.
—Hablad entretanto senmidar dijo, ¡mas por Dios! sed breve.
—Aproximad un poco dijo el viejo cayo vos desfallacia y tu tambien mi fiel kinnoodoll añadió dirigiendose á un viejo «khansammah» que se estaba batiendo intrépidamente el lado de Tarlcahy.
—Esperad dijo todavia el escocés prestando oído á los ruidos del exterior,

Cinco minutos despues los doceento indios se deslizaron al través de la selva. Llegados á tiro de fusil de Baramida hicieron alto y se ocultaron en lo mas espeso del de los junco. Jotha Mongee y un indio del reino de Onqa, llamado Nesiruttan se arrastraron como dos serpientes hasta cerca de la habitación.
—¿Y bien? les preguntaron cuando volvieron al cabo de algunos minutos.